

NOCHEBUENA BAJO EL PUENTE

(CUENTO)

POR «LEÓN DEL CERRO»

Sin quebrantar el silencio se levantó en busca de matas secas con que alimentar la hoguera que les mitigaba, en ínfima parte, el frío de la noche. Densa niebla que se metía por la boca, en los huesos, en el alma, cubría el río, el puente, el campo, la ciudad, todo; del castillo sólo dejaba ver una pequeña luz; ésta parecía que temblaba. El río, tranquilo, daba la sensación de haberse quedado dormido. «Ya debías traer más agua, bribón», rezongó y se quedó mirando como si esperase contestación. Carraspeó, y en la misma orilla comenzó a recoger y hacinar grama, rabanillos, cardos; a tientas subió un pequeño montículo y arrancó hermosas cepas de tomillo para asegurarse buen rescoldo. Cogió todo en enorme, ciclópea brazada, y de nuevo fuese al refugio del puente. «El puente, la puente, qué tonterías dicen los que tienen el estómago repleto», monologaba mientras atizaba la lumbre.

—No se oye nadie, ¿verdad? —le preguntó su compañero, Ramón, más conocido por «el Feo».

—Por ahí, por la estación, suben unos con un pandero.

—Es que todavía es temprano.

—Sí; es temprano.

Vicente avivó el fuego y se sentó enfrente de Ramón, más conocido por «el Feo», y, como marionetas movidas por la misma mano, encendieron sendos cigarrillos y empezaron a tirar piedras a ningún sitio determinado.

—Ahora te quedas tú aquí y yo iré a buscar algo.

Como no recibiera contestación, agregó:

—Se ponen así las cosas... ¿Qué piensas?

—Nada.

—Eso no puede ser. Cuando se está vivo siempre se piensa.

—Bueno.

Por el puente pasaban, con alegre algarabía, los del pandero, borrachos unos, medio borrachos los más. Cantaban:

Esta noche no hay coche
porque el cochero...

De la parte baja de la ciudad, donde viven obreros, artesanos, ordenanzas, hortelanos, empezaron a llegar las voces, los gritos, las risotadas, las canciones religiosas y picarescas, de infinidad de pandillas que se disponían a rondar con alarde de almireces y zambombas. Familias enteras, somnolientas y alegres, salían de sus casas atendiendo a la llamada de las campanas de todas las iglesias. De las casas del otro lado del río se echaron a la calle —hombres y mujeres, viejos y niños— con:

Baila y no cenes
baila y no cenes...

—Van a misa del gallo.



—¡Calla, Ramón! ¡Por amor de de Dios, calla! Que si la gente, que si se siente ruido, que si misa del gallo... Nosotros también podíamos estar ahora, después de buena o mala cena, oyendo misa. ¡Y estamos, entiéndelo bien, debajo de un puente con la tripa vacía, muertos de frío y aburrimiento y con los ojos llenos de lágrimas de este maldito humo! Y yo tengo hambre, Ramón. ¿Lo entiendes? Tengo hambre.

—Es la suerte, Vicente. El Destino.

—La suerte, el destino. ¡Paparuchas! Recuerda que nos han echado de allí por nuestra culpa. Mejor dicho: por la tuya. Hoy hace exactamente un año me dijiste: «La última nochebuena que pasamos aquí». Y luego, un santo año, diciéndome: «pórtate bien que para Navidad hemos salido; pórtate bien que para Navidad somos libres».

—Y lo somos.

—Sí, sí, muy libres. Pero mientras todo el mundo se ha inflado de pollo, de besugo, de bollos y turrón; se han amonado de anís y coñac, de sidra y champán, nosotros, los libres, ¿qué hemos tomado? Ah, sí, un plato exquisito: niebla al humo. Anda, si te parece, en agradecimiento, gritamos: ¡Viva la libertad!

—¿Sabes lo que dijo César cuando pasó el Rubicón?

—Alguna idiotez como las tuyas.

—No lo sabes.

—¡Ni me importa!

Se hizo un nuevo y largo silencio. Al cabo de algún tiempo les descubrieron unos gamberros y les llamaron gandules y piojosos. Al marcharse les arrojaron una botella vacía. No se inmutaron. Tan sólo Ramón dijo como para sí, con voz calmada: «Vaya teas». Vicente cogió su petate y con energía se puso en pie.

—Me voy.

—¿A dónde?

—A hacer algo. A pegarme con cualquiera, a robar, a lo que sea. Pero yo me voy. Mañana quiero comer, y allí tengo la mesa puesta.

—Allá tú —le contestó Ramón, encogiéndose de hombros—. Ya sabes que yo no vuelvo.

—Pues que tengas suerte.

—Adiós, ¡cobarde!

Y Ramón, más conocido por «el Feo», soltó una sonora y prolongada carcajada.

De la parte baja de la ciudad, donde viven obreros, artesanos, ordenanzas, hortelanos, continuaban llegando las voces, los gritos, las risotadas, las canciones religiosas y picarescas, de infinidad de pandillas que se disponían a rondar con alarde de almireces y zambombas.

Del castillo sólo se dejaba ver una pepueña luz.